

El modo de vida lacustre en el Alto Lerma durante el siglo XIX

The lake way of life in the Upper Lerma Basin during the nineteenth century

Antonio de Jesús Enríquez Sánchez

 <https://orcid.org/0000-0002-9353-4321>
El Colegio de Michoacán, A.C., México
antonioj.enriquezs@colmich.edu.mx

Carlos Estuardo Morocho Sánchez

 <https://orcid.org/0009-0008-2967-9332>
El Colegio de Michoacán, A.C., México
carlose.morocho@colmich.edu.mx

Abstract

This article reviews and delves, through the sources of the time, into the lake way of life of the Upper Lerma Basin during the 19th century, a period of Mexican history that has been scantily explored. It offers an approach to the imageries, resources, activities, and everyday aspects that shaped this space.

Keywords: Upper Lerma Basin; lake way of life; 19th century.

Resumen

El presente artículo revisa y profundiza, a partir de las fuentes de la época, el modo de vida lacustre del Alto Lerma durante el siglo XIX, un periodo poco explorado de la historia mexicana. Se ofrece una aproximación al imaginario, los recursos, las actividades y los aspectos cotidianos que configuraron este espacio.

Palabras clave: Alto Lerma; modo de vida lacustre; siglo XIX.



Esta obra está protegida bajo la
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Sin
Derivadas 4.0 Internacional



Recibido: 9 de julio de 2024 / Aceptado: 7 de febrero de 2025 / Publicado: 19 de junio de 2025

CÓMO CITAR: Enríquez Sánchez, Antonio de Jesús y Morocho Sánchez, Carlos Estuardo (2025), "El modo de vida lacustre en el Alto Lerma durante el siglo XIX", *Korpus 21*, 5, e211, <http://dx.doi.org/10.22136/korpus212025211>

Una laguna historiográfica

El estudio del espacio lacustre conocido como el Alto Lerma, situado en el Estado de México, ha generado un amplio corpus de investigaciones desde distintas disciplinas, como la arqueología (Sugiura, *et al.*, 1998; Sugiura y Nieto, 2006; Jaimes Vences, 2021; Sugiura *et al.*, 2021; Sugiura, 2022; Jaimes Vences y Pérez Ortiz de Montellano, 2022), la antropología (Albores, 1995, 2011 y 2016; Maruri, 2001; García Sánchez, 2008; Cirelli, 2000; Hernández *et al.*, 2017), la historia (Loera, 2006; Camacho Pichardo, 2005, 2007, 2016a y 2016b; Barrera Gutiérrez, 2009; Béligand, 2017) y la geografía humana (Talledos Sánchez, 2016); campos que, sin ser compartimentos estancos, en ocasiones, se han entrecruzado para explorar el espacio y el modo de vida lacustre que se articuló en el Alto Lerma.

El interés no es fortuito, pues esta zona fue propicia para el desarrollo de un modo de vida que, desde la época prehispánica, tuvo en la ciénega a su protagonista y favoreció la emergencia de diversas actividades económicas para la población, la cual se benefició de los tres vasos lacustres (Chignahuapan o Almoloyita, Chimaliapan o Atenco, y Chiconahuapan o Lerma), conectados por el paso del río Lerma, Zocoloacan o Matlaziata (Noriega, 1980; Basurto, 1977).

Por otro lado, el valor que dicha población le confirió a su entorno no fue el mismo que le atribuyeron las autoridades políticas estatales y federales, así como los hacendados y los industriales, entre los siglos XIX y XX, quienes, en diversas ocasiones, trataron, primero, aunque de forma fallida, desecar el espacio para aprovechar la tierra disponible y, posteriormente, canalizar el agua hacia la Ciudad de México, que demandaba cada vez más el recurso hídrico para su población en aumento y sus actividades industriales.

En términos generales, las investigaciones han puesto atención al desarrollo de las sociedades que emergieron en el Alto Lerma en la época prehispánica (Sugiura *et al.*, 1998; Sugiura y Nieto, 2006; Jaimes Vences, 2021; Jaimes Vences y Pérez Ortiz de Montellano, 2022); a la configuración del modo de vida lacustre; a las continuidades de éste durante el periodo novohispano (Albores, 1995; Béligand, 2017) y los siglos XIX y XX (Albores, 1995; Viesca-González *et al.*, 2011; Ruiz y Delgado, 2013), así como a los desafíos que experimentó ante los cambios propuestos por el liberalismo decimonónico

(Camacho Pichardo, 2005, 2007, 2016a y 2016b), el capitalismo y la industrialización del siglo pasado (Albores, 1995 y 2011; Cirelli, 2000; Perló Cohen y González Reynoso, 2005; Barrera Gutiérrez, 2009; Camacho Pichardo, 2016a; Talledos Sánchez, 2016; Hernández, 2022).

Otros estudios, por el contrario, exploran la relación entre el Valle de Toluca y la Cuenca de México, más allá del trasvase de agua, a partir de la circulación y el consumo de productos lacustres, una vez que la Cuenca de México registró su desecación y comenzó a demandar dichos insumos al Valle de Toluca (García Sánchez, 2008). Esta otra faceta evidencia la relación entre dos espacios con un pasado lacustre. Finalmente, se recupera una línea de investigación que ha puesto la mirada en el fenómeno religioso de las poblaciones lacustres, expresado en la mitología, las fiestas, los rituales domésticos para lidiar con el clima, y la arquitectura sacra, que se ha articulado con el espacio lacustre (Albores, 1995; Maruri, 2001; Hernández, 2005; Loera, 2006; Jarquín y Enríquez, 2020; Escutia, 2021).¹

En cuanto al estudio de la continuidad de las actividades vinculadas con el modo de vida lacustre que se conformó en el Alto Lerma (pesca, recolección, cacería, comercio) y que subsistió durante el siglo XIX, autores como Beatriz Albores Zárate (1995), Gloria Camacho Pichardo (2007) y Edgar Talledos Sánchez (2016) aportan algunos datos en sus respectivas investigaciones, aunque no son suficientes, pues muestran un mayor interés por explorar los proyectos de desecación planteados por las autoridades y élites locales entre 1857 y 1870, quienes, desde la perspectiva liberal, consideraban las aguas estancadas como un obstáculo para la propiedad y la actividad agrícola. Asimismo, profundizan en el proyecto de trasvase de agua implementado en las décadas de 1940 a 1960 para canalizarla a la capital mexicana. No obstante, diversos indicios permiten tener un panorama más completo de este fenómeno durante el siglo XIX.

¹ Así se registra en la memoria oral y arquitectónica -como el templo de San Antonio la Isla- la presencia de la *Clanchana* o *Tlanchana*, un personaje femenino concebido como la fuente de los mantenimientos del Alto Lerma, y se menciona junto a su pareja masculina. También se han documentado fiestas religiosas en honor a los santos y la Santa Cruz que se celebraban en el medio lacustre, el cual, además, suministraba los recursos para el ornato de las imágenes y los templos. En San Mateo Atenco, se ha investigado el ritual del *atoleo*, que se realiza cuando se construye una casa nueva para contrarrestar los fríos de la región lacustre.

El presente artículo tiene como finalidad realizar un acercamiento al modo de vida lacustre practicado por las poblaciones del Alto Lerma a partir de los testimonios de la época y responder a la inquietud: ¿Qué aportaban y representaban las lagunas del Alto Lerma para la población? Esta cuestión caracteriza al modo de vida lacustre en un siglo poco explorado. Para lograr este objetivo, y otros más específicos –que a continuación enunciamos–, el trabajo se estructura en diversas secciones. Primero, se acerca a los lectores al Alto Lerma. En segundo lugar, se presenta un panorama general de las fuentes recuperadas para documentar el modo de vida lacustre durante el siglo XIX. En el tercer apartado, se realiza un análisis de estas referencias para identificar el imaginario configurado en torno al espacio y el modo de vida lacustre. Se pretende demostrar que, aunque el entorno lagunar y las actividades que prosperaron en él fueron importantes para la población, las autoridades políticas, los viajeros y escritores ofrecieron visiones divergentes respecto a la conceptualización que tenía la población de su modo de vida lacustre.

Con el propósito de señalar la relevancia del espacio para quienes se beneficiaba de él, en cuarto lugar, se explica el modo de vida lacustre registrado por los testimonios decimonónicos. La diversidad de actividades relacionadas con la alimentación, la economía y los recursos disponibles para la subsistencia cotidiana divisa las razones por las cuales las lagunas fueron tan importantes para la población. En la quinta sección, la relación de la población con el espacio lacustre da pie a explorar otros escenarios alternos al de la subsistencia económica, como la toponimia y las enfermedades, asuntos, sobre todo el segundo, que no se han revisado en investigaciones previas.² Por último, en las reflexiones finales se presentan las aportaciones de este trabajo.

El Alto Lerma

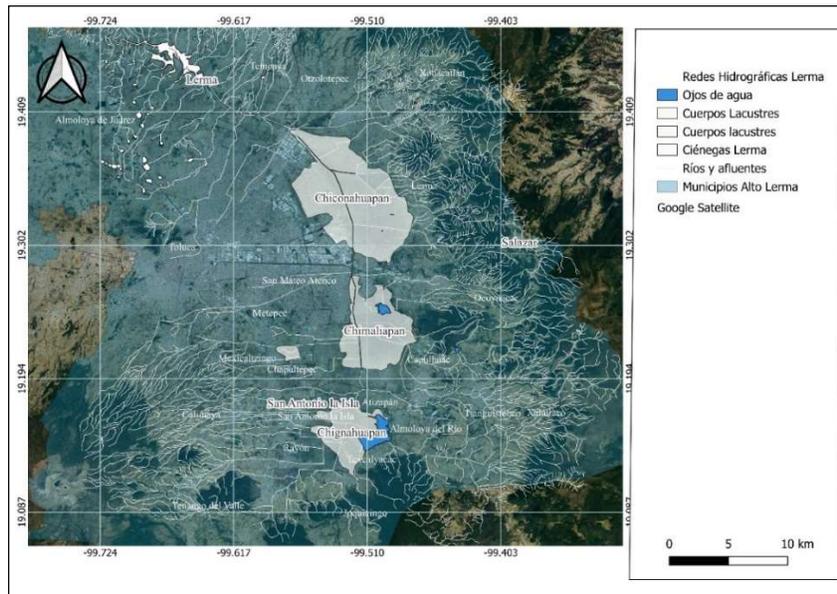
El Alto Lerma se ubica en el Valle de Toluca, en el Altiplano central, a una altitud de 2600 metros sobre el nivel del mar. Limita al norte con la cañada de Ixtlahuaca y al oriente con la Sierra de las Cruces (Sugiura y Nieto, 2006). Debe su nombre al paso del río Lerma, cuyo nacimiento se encuentra en Almoloya del Río. Esta región está conformada por tres vasos lacustres: Chignahuapan,

² Una excepción es el trabajo de Guadalupe Escutia (2021) realizado a partir de testimonios orales.

Chimaliapan y Chiconahuapan (véase mapa 1), en torno a los cuales se desarrollaron diversas poblaciones. Los tres nombres aluden a la misma palabra con la que se designaba al río Lerma en la época prehispánica: *Chicnahuapan* (“nueve aguas” o “nueve manantiales”) (García Martínez, 2000). Con el paso del tiempo, la voz que nombraba a estas lagunas, conectadas entre sí, se transformó a Chignahuapan y Chiconahuapan, que son similares entre sí, mientras que Chimaliapan es un vocablo más alejado del original.

El río y las lagunas propiciaron un entorno fértil, con suelos aluviales y abundante vegetación (recursos madereros, matorrales y arbustos), cuya diversidad varía conforme se desciende en altitud (Sugiura y Nieto, 2006). El Alto Lerma presenta un clima templado subhúmedo, con temperaturas que oscilan entre los 12 y los 14 °C. Los inviernos suelen ser secos y las lluvias aumentan entre mayo y octubre (Béligand, 2017). Las condiciones de evapotranspiración, junto con un drenaje limitado, provocaron la inundación de las zonas más bajas, lo que dio origen a lagunas someras, ricas en flora y fauna, que fueron aprovechadas por las poblaciones humanas asentadas en la región.

Mapa 1
El Alto Lerma



Fuente: elaboración propia en ArcGis Pro 3.4 (ESRI, 2024).

Los testimonios de la época

Definido el espacio, abordaremos las fuentes empleadas para aproximarnos al modo de vida lacustre del Alto Lerma durante el periodo de 1823 a 1901. Una parte corresponde a las impresiones registradas por los extranjeros en sus libros de viaje. Los ingleses William Bullock (1823) y George Francis Lyon (1826), los alemanes Edward Mühlenpfordt (1827-1834) y C. C. Becher (1832-1833), así como la escocesa Frances Erskine Calderón de la Barca (1840-1842), forman parte de la nómina de extranjeros que recorrieron México en el siglo XIX y que dejaron datos escuetos pero precisos para documentar el imaginario, los recursos y las actividades que configuraron el modo de vida lacustre (Bullock, 1983; Lyon, 1984; García e Iturriaga, 1999; Calderón de la Barca, 2014).

Los viajeros extranjeros no fueron los únicos en atravesar el Alto Lerma. También hubo historiadores mexicanos que incluyeron el Valle de Toluca en sus itinerarios, dejando escritas sus observaciones sobre el fenómeno que aquí nos interesa examinar. Destacan las visitas de Carlos María de Bustamante (1969) en 1834 y de Manuel Rivera Cambas (1957), quien recorrió el país entre 1880 y 1883. Aunque sus descripciones son breves, se suman al conjunto de testimonios que aquí analizamos.

Asimismo, consideramos los documentos generados por las autoridades civiles del Estado de México, como las memorias de gobierno, o por instancias del gobierno centralista. La memoria presentada por Lorenzo de Zavala en 1828 ofrece algunas noticias sobre el modo de vida lacustre. Entre los materiales elaborados durante el periodo centralista, destaca la *Estadística del Departamento de México*, compilada por una comisión encabezada por Joaquín Noriega (1980). Publicada en 1854, esta obra constituye una de las fuentes más completas para aproximarnos al modo de vida lacustre registrado en lo que, políticamente, correspondía al distrito de Toluca y sus partidos de Toluca y Tenango del Valle, donde se ubicaban los juzgados de paz con acceso a las lagunas del Alto Lerma.

También se cuenta con estadísticas elaboradas por la Iglesia, las cuales aportan información sobre el modo de vida lacustre. En 1880, se editó el *Itinerario parroquial del arzobispado de México y reseña histórica, geográfica y estadística de las parroquias del mismo arzobispado*, de

Hipólito Vera (1981), cura párroco de Amecameca. Posteriormente, en 1901, J. Trinidad Basurto (1977) publicó *El arzobispado de México*, donde, al igual que Vera, presentó datos históricos, geográficos, económicos y poblacionales sobre las parroquias del arzobispado de México, dentro del cual se inscribía el Alto Lerma.

Para conformar su *Itinerario*, Vera se apoyó del trabajo de Noriega y, en otras ocasiones, recuperó noticias del mundo novohispano, aspecto que es necesario tener en cuenta al acercarnos al modo de vida lacustre del Alto Lerma en el siglo XIX.³ A estas fuentes impresas deben sumarse algunas pesquisas de archivo, que, ocasionalmente, dejan constancia de las actividades propias del modo de vida lacustre.⁴ Otra publicación fue el folleto *Inauguración de los trabajos para la desecación de la laguna de Lerma, verificada el 1 de mayo de 1870 en el puente de San Bartolomé Otzolotepec* (1870), que, aunque sirve para conocer el punto de vista de las autoridades y los partidarios sobre la desecación del Alto Lerma, refleja algunos atisbos que permiten entender lo que las lagunas representaban para la población local que se beneficiaba con ellas.

Las fuentes señaladas, algunas escasamente consideradas para explorar el tema que nos interesa,⁵ ofrecen elementos para construir la panorámica que desarrollaremos más adelante, no sin antes detenernos en algunos aspectos que remiten al contraste de opiniones en torno al modo de vida lacustre.

³ Los datos recuperados por Vera, provenientes del mundo novohispano y contrastados con las fuentes del siglo XIX, permite advertir la persistencia del modo de vida lacustre en la región. Sin embargo, en ocasiones, si no se identifica adecuadamente la procedencia de la información, se puede incurrir en un anacronismo.

⁴ En este sentido, retomamos los registros mencionados por Albores (1995) y Camacho Pichardo (2007) en sus respectivos trabajos.

⁵ Albores (1995) hace algunas menciones de Noriega, pero no considera las noticias registradas de manera puntual por el autor para cada juzgado de paz de los partidos de Toluca y Tenango. Albores da cuenta del modo de vida lacustre a lo largo de un amplio periodo, sin detallar específicamente el siglo XIX. Asimismo, una parte significativa de su información procede del trabajo de campo. Camacho Pichardo (2007) recupera algunos testimonios para esbozar el modo de vida lacustre, que utiliza como preámbulo para el tema central de su trabajo: los proyectos de desecación del Alto Lerma impulsados por el liberalismo.

“Mansiones pantanosas”: el entorno lacustre en el imaginario de la época

Un primer acercamiento a los testimonios advierte dos imágenes contrapuestas. Una, la mejor definida, reporta los recursos disponibles y las actividades de la población derivadas de su convivencia y del contacto cotidiano con los cuerpos de agua. Esta descripción nos acerca al modo de vida lacustre. La segunda, registrada en menor proporción, muestra visiones e imaginarios, cuya identificación permite rastrear una conceptualización alterna al punto de vista que la población local tenía sobre las lagunas que articularon su economía y subsistencia.

Asimismo, esta representación contribuye a reconocer el lugar que ocupaba el Alto Lerma dentro del conocimiento que se tenía de los entornos lacustres mexicanos, así como a entender la configuración de un discurso que favoreció el proyecto de desecación del siglo XIX, pues la percepción de que las lagunas del Alto Lerma formaban un espacio inhóspito es anterior a la emisión de este discurso, que justificó la desecación pensada por las autoridades civiles como el remedio para lidiar con la existencia de espacios calificados como insanos y poco productivos.

La visión forastera planteó que la laguna de Lerma era un pantano o ciénega. Cuando los extranjeros describían su paso por el pueblo de Lerma (aldea para Becher y madame Calderón de la Barca),⁶ no soslayaban el entorno en el que está situado. Lyon (1984: 198) afirmaba que el lugar “se encuentra rodeado por un extenso pantano” que cuenta con altos carrizos; para Becher, Lerma está “rodeada de pantanos y ríos”; y Mühlenpfordt opinaba que “está construida sobre un suelo pantanoso, a orillas del lago en que nace el río Lerma”, apreciación que marca un matiz con respecto a los otros testimonios, pues distingue entre el espacio terrestre “pantanoso” y el lagunar (García e Iturriaga, 1999: 214, 225). Madame Calderón de la Barca (2014: 405) advertía que Lerma se levantaba “en un país pantanoso”.

Para el Valle de Toluca, la misma autora hace una caracterización general que no pasa por alto el medio lacustre como un factor que define al espacio,

⁶ En realidad, Lerma tenía la nomenclatura de ciudad, como se puntualiza en la estadística de Noriega.

aunque, en su mirada, más que lagunas, el Alto Lerma se integraba con “pantanos” o “ciénegas”. Así, describía que el “valle de Toluca se extendía ahora frente a nosotros, señoreado por el volcán lejano [el Nevado de Toluca o Xinantécatl]. Los llanos alrededor se miraban fríos y melancólicos con bordos de agua transparente, y pantanos cubiertos de diversas especies de aves acuáticas” (Calderón de la Barca, 2014: 405).

Bajo esta perspectiva, también se encuentran opiniones de mexicanos que registraron las condiciones del Alto Lerma, cuya visión no era tan lejana a la extranjera. Por ejemplo, la estadística de Noriega (1980: 177) señala que Lerma contaba con “una corta extensión cenagosa”, pero dice que la “ciudad de Lerma está circundada de la laguna que lleva el nombre de la ciudad, y de sus aguas toma aquel vecindario para todos sus usos, no obstante, lo desagradable de su sabor”. Aunque se reconoce la relevancia que tenía la laguna para los vecinos de Lerma al suministrarles agua, en opinión del autor, no era de buena calidad.

Rivera Cambas (1957: 20), por su parte, indica que la laguna de Lerma humedecía el terreno del espacio que atravesaba, pero acrecentaba el “malestar que produce el frío a aquella altura”. Respecto a la laguna de Atenco, al estar cubierta con tule y zacate, el mismo autor la define como una ciénega.⁷ Basurto (1977), al igual que Noriega (1980), también señala que la laguna de Lerma se identificaba como una *ciénaga* (o ciénega). Denominar a los vasos lacustres como pantanos o ciénegas implicaba restarles su condición de lagunas y de espacios aptos para alguna actividad. Esto reforzaba el discurso que promovía su desecación para convertirlas en tierras cultivables, pues un argumento empleado por las autoridades que promovieron la desecación fue que las aguas estancadas eran putrefactas, “causa de enfermedades por los miasmas y microorganismos que emanaban de ellas” (Camacho Pichardo, 2005: 9 y 2007: 73) La aproximación realizada a partir de los testimonios, sobre todo los emitidos por los mexicanos, ofrece atisbos para acercarnos a un imaginario que rondó también en el ámbito político y sirvió como pretexto para alentar la desecación.

⁷ No obstante, también aclara que “en algunos lugares aparece el agua muy clara y esos sitios son conocidos como con el nombre de espejos” (Rivera Cambas, 1957: 20).

El ‘poco provecho’ de las lagunas quedó sintetizado en la siguiente estrofa del poema compuesto por Agustín L. de Guevara, preceptor de una de las escuelas municipales de Toluca, con motivo de los trabajos inaugurales para desecar la laguna de Lerma el 1 de mayo de 1870.

Esa laguna inmensa y adormida,
Inútil al pastor, como al viajero,
Estorbo al labrador, nula a la vida
Aun para el triste y mísero barquero;
Que, con húmeda atmósfera homicida,
Es de los males en redor venero,
Contemplareis tornada en manantiales
De ricas mieses, flores y frutales.
Esas aguas que yacen silenciosas,
En vistoso canal precipitadas
A otras tierras irán, que congojosas,
Necesitan ser de ellas fecundadas;
Y en vez de estas mansiones pantanosas,
Y de aquellas sedientas y abrasadas,
Habrá formado el arte con la ciencia,
Prados bellos de luz y de existencia (*Inauguración*, 1870: 18-19).

A diferencia de la laguna de Lerma, para la de Almoloyita no hay descripciones que la refirieran, en particular, como un pantano. Bustamante (1969: 48), al recorrer el río Lerma, fijó su atención en “la gran laguna comenzada allí a formar por las aguas de la gran fuente llamada *Almoloyita*”, es decir, la que daba origen al río. Rivera Cambas (1957), al expresarse de la laguna de Atenco, indicó que se alimentaba de diversos ojos de agua, principalmente de la laguna del pueblo de Almoloyita.

Tanto las opiniones de mexicanos como de extranjeros coincidían en otro aspecto: la comparación de los recursos del Alto Lerma con los de otros espacios lacustres, como los de Michoacán y la Cuenca de México. Esta analogía respondía a distintos motivos. En la *Memoria...* de 1828 se especificaba que no faltaban incentivos para la pesca en el Estado de México. La apreciación del gobierno se fundaba en que se obtenían en los “lagos de Atenco y Lerma pescado blanco tan grande y bueno como el de Pátzcuaro y Chapala” (*Memoria*, 1828: 9). Este dato se sumaba a otros que sustentaban la idea de que el nuevo estado contaba con riquezas abundantes y diversas que favorecerían su prosperidad económica. Además, la comparación robustecía el juicio de que la entidad contaba con recursos lacustres semejantes a los que se obtenían en los mejores entornos lagunares del país.

El pescado de Pátzcuaro gozaba de buena reputación ante la mirada extranjera. Lyon (1984: 185-186), por ejemplo, apuntaba que, en el lago, “el pescado blanco, tan merecidamente celebrado, se pesca en gran abundancia”. Por su parte, para Calderón de la Barca (2014: 404), el pescado blanco del río Lerma, que probó en Cuajimalpa, no tenía el “regusto a lodo que tiene con frecuencia el que procede de la Laguna de México”, apreciación que reflejaba que, al menos para la escocesa, el pescado obtenido en el Valle de Toluca era mejor que el de la Cuenca de México. Este juicio fue similar al de la estadística de Noriega (1980: 222), quien afirmó que en la laguna de la hacienda de Atenco se obtenía “el pescado blanco de mejor calidad”.

Sin embargo, en contraposición a estas apreciaciones, se encuentra la opinión de Rivera Cambas (1957: 20-21), quien, aunque apuntó que en la laguna de Atenco se obtenía el mejor pescado del Alto Lerma y abundaba “el pescado blanco con una cinta oscura en el lomo, de tamaño mediano y de gusto sabroso”, indicó que su calidad no llegaba “a la de los pescados de Pátzcuaro, Chapala y aun a los de Texcoco y Chalco; aquel pescado blanco es desabrido”. La comparativa de Calderón de la Barca y Rivera Cambas, a diferencia del objetivo político de la *Memoria...* (1828), era de carácter subjetivo, lo que generaba un contraste de opiniones entre el parecer de la escocesa y el del mexicano.

Pese a estas valoraciones, la población del Alto Lerma tenía otra distinta. No puede descartarse que las impresiones registradas por la memoria de Zavala y la estadística de Noriega tuvieran como punto de apoyo la apreciación de la población local, para la cual el mejor pescado blanco se obtenía en la laguna de Atenco y, en segundo término, en la de Lerma. Al formar parte de su dieta cotidiana, esta condición les daba voz para afirmar lo que se conoce a través de las fuentes civiles.

El modo de vida lacustre en el siglo XIX

Para adentrarnos en el modo de vida lacustre del Alto Lerma, recuperamos algunos planteamientos para entender este concepto. Magdalena García Sánchez (2008) define el modo de vida como la capacidad de una sociedad para adaptarse a su entorno ecológico, es decir, se trata de una respuesta

cultural ante el medio natural en el que se desenvuelve una colectividad humana. Vargas (1985) explica que la convivencia entre el ser humano y su medio producen un proceso histórico determinado, como sucedió con la población que habitó el Alto Lerma y se benefició de sus condiciones, directa o indirectamente.

Por su parte, Parsons (2006) y Williams (2014), con base en la etnografía registrada en la cuenca de México y en los lagos de Cuitzeo y Pátzcuaro, respectivamente, mencionan que el ser humano lleva miles de años generando mecanismos de adaptación a entornos lacustres. Esto se evidencia con los indicios arqueológicos que, al ser comparados con poblaciones actuales, revelan la pervivencia de un modo de vida vinculado con dichos ecosistemas y, por ende, de estos mecanismos de adaptación. Además de la evidencia arqueológica contrastada con la etnografía, García Sánchez (2008), Parsons (2011) y Williams (2014 y 2015) advierten que, ante la ausencia de la domesticación masiva de animales en Mesoamérica, los recursos lacustres representaron una fuente importante de alimento y proteínas, que, en conjunto con la agricultura, permitieron el desarrollo humano.

La ausencia de ganado no representó una limitante; por el contrario, la población aprovechó e integró los recursos lacustres a su dieta agrícola. La relación con el espacio lacustre determinó un modo de vida que abarcaba no sólo la economía y la alimentación, sino también la religiosidad (Williams, 2022). Este estilo de vida, originado en la época prehispánica, subsistió hasta el siglo XIX. Las fuentes de la época así lo confirman. Aunque algunos autores hablan del modo de vida lacustre, otros, como Yoko Sugiura, prefieren referirse a un modo de subsistencia lacustre, el cual es definido como:

Un sistema donde se articulan todas las actividades relacionadas con los procesos que los grupos humanos establecen con su medio de producción. Es una forma específica de respuesta e interrelación del hombre con su entorno biofísico, a fin de asegurar su reproducción y [...] su sobrevivencia como grupo humano [...]. El modo de subsistencia lacustre forma parte de un sistema mayor, definido como modo de subsistencia ribereña, el cual representa una ventaja insuperable para la sobrevivencia del hombre, pues es una zona ecotonal donde se establecen dos ecosistemas estructuralmente distintos, el lacustre y el terrestre, y que resulta, en consecuencia, rico en especies bióticas (Sugiura *et al.*, 1998: 71-72).

Para comprender el concepto, y ante la falta de un testimonio equivalente para el Alto Lerma, recurrimos a un ejemplo visual decimonónico correspondiente

a la Cuenca de México, que permite, en términos comparativos, abordar dicho concepto. Se trata de una litografía de Murguía que representa los lagos de Chalco y Texcoco, separados por una franja de tierra en la que se aprecian sauces y tulares (véase figura 1). Esta imagen muestra la integración de diversas actividades desarrolladas por la población, aprovechando las bondades del entorno lacustre.

Figura 1
Lagos de Chalco y Texcoco. Litografía de Murguía



Fuente: imagen tomada de Salinas (2011: 250).

A la izquierda de la composición, se aprecia una canoa con tres personas. El individuo ubicado en el extremo derecho es un remero que transporta a las otras dos personas, quienes utilizan este medio de transporte para surcar las aguas del lago con un propósito: el recreo. Mientras la persona de la extrema izquierda se encuentra descansando, la otra se dispone a cazar aves, no como una actividad ligada a la subsistencia, sino como una práctica recreativa. Las aves representadas, posiblemente patos, como los que aparecen en la parte superior de la imagen, llegaban en parvadas a los entornos lacustres durante ciertas épocas del año.

Por otro lado, a la derecha de la imagen, en la parte inferior, se observa a una persona que surca el agua de la laguna en su tiradera (un tipo de canoa individual). Está de pie y se apoya en su remo para poder desplazarse. En este caso, se representa a un hombre que se interna en la laguna para pescar y recolectar recursos, quizá para comercialarlos o integrarlos a su dieta cotidiana.

Completa la escena un par de chalupas o quizá trajineras, es decir, canoas con capacidad para varias personas o un número considerable de mercancías.⁸ Murguía plasmó a tres personas que llevan diversos cargamentos en las trajineras, las cuales son desplazadas por la fuerza de los remos que empuñan los hombres a bordo de este medio de transporte.⁹

La litografía de Murguía permite caracterizar el modo de vida lacustre como un sistema que integraba diversas actividades en torno a la laguna: la pesca, la recolección y la cacería, concebidas como independientes pero complementarias, orientadas a conseguir alimentos para subsistir o recursos para comerciar, como peces, acociles, ajolotes, patos o tule, con el cual se confeccionaban petates. Asimismo, el espacio terrestre proporcionaba recursos madereros que podían usarse para obtener leña, así como para fabricar canoas y remos que eran empleados por quienes los producían o destinados al comercio.¹⁰

La laguna también propiciaba actividades recreativas, como los paseos, y funcionaba como vía comercial y de comunicación entre las poblaciones lacustres. Los diversos tipos de canoas cumplían con estos propósitos. Aunque la litografía no lo muestra de manera directa, el entorno lacustre influía en la agricultura y la ganadería, al aprovechar las aguas y los pastos disponibles. Tal era el caso del Alto Lerma, donde los hacendados favorecían dichas actividades mediante el uso de los vasos lacustres (Camacho Pichardo, 2007).

Si bien lo descrito se registra en el grabado de Murguía para la Cuenca de México, cabe preguntarse: ¿qué sabemos del modo de vida lacustre para el Alto Lerma durante el siglo XIX? A falta de grabados análogos, ¿qué nos dicen otras fuentes de la época? Esbozaremos una respuesta a estas interrogantes desde dos niveles de análisis. Primero, haremos un recuento de los recursos

⁸ García Sánchez (2008) señala que las chalupas eran embarcaciones de grandes dimensiones y se empleaban para la carga y transporte de quelites, verdura, tule, maíz, entre otras mercancías. En cambio, las canoas estaban diseñadas para transportar pocas personas, ya que no resistían grandes cargas de peso.

⁹ Diversos viajeros extranjeros, fuentes estadísticas y la memoria de Zavala dan cuenta del modo de vida lacustre en la Cuenca de México. Las descripciones de estas fuentes son más detalladas que las correspondientes al Valle de Toluca, tal vez porque reflejan el intenso tráfico comercial que se mantenía con la capital mexicana, el cual constituía un eje económico importante para las poblaciones de este espacio. Este asunto no pasó desapercibido para los emisores de las fuentes referidas.

¹⁰ La memoria de Zavala menciona que el pescado blanco obtenido en la laguna de Chalco se consumía en la capital y socorría a muchos pueblos pequeños de la orilla de la laguna. Otro ramo productivo eran las maderas, pues “la facilidad de conducir por agua las de Chalco a la capital, hace este comercio bastante lucrativo en esta parte” (*Memoria*, 1828: 7).

disponibles y, posteriormente, señalaremos las actividades que se detonaban a partir de su uso y aprovechamiento, así como de la circulación de dichos bienes, lo que remite al ámbito comercial, actividad que los lugareños realizaban con los productos disponibles en su entorno.

Para un acercamiento inicial a lo que significaban las lagunas para la población del Alto Lerma, contamos con el poema ya citado de Guevara. A pesar de haberse compuesto para celebrar la desecación de 1870 y cantar el progreso que tal obra supondría para la población, según las autoridades y los partidarios de su promoción, el poema revela paradójicamente lo que el entorno representaba para los habitantes de la zona lacustre en términos de recursos y ocupaciones que les procuraban su sustento.

Algunos versos que marcan el antes y el después de lo que ocurriría con la desecación resultan oportunos para señalar lo que suministraba la laguna: “Las aves bulliciosas trinando alborozadas / Reemplazarán los silvos [*sic*] del mísero reptil”, “Y en vez de *pececillos*, sementeras gigantes”, “Los *patos* y las *garzas* tendrán grata existencia / Mientras que canta amores en torno el colibrí / *Chalupas y canoas*, con granos y verduras / En número infinito cubrirán el canal”, “Y el *artesano* hasta país incógnito / A trueque de oro su labor mandó” (*Inauguración*, 1870: 18-22, cursivas nuestras).

Los recursos

Más allá de la imagen construida por el discurso que promovía la desecación de las lagunas –al considerar que aportaban poco a la población–, las estadísticas y, de forma excepcional, las descripciones de visitantes extranjeros y mexicanos registran, como lo insinúa el poema de Guevara, una notable riqueza de recursos madereros, plantas y especies animales (aves, peces, crustáceos y anfibios), los cuales beneficiaban directamente a quienes habitaban el entorno lacustre del Alto Lerma, así como a poblaciones más retiradas que se aprovechaban de ellos a partir del flujo comercial. Estos bienes se sintetizan en el cuadro 1, elaborado principalmente con los registros de Noriega, la fuente que más aporta en este aspecto.

A continuación, ofrecemos algunos apuntes sobre estos recursos y su distribución espacial. Aunque las fuentes decimonónicas no registran puntualmente la flora y fauna que habitaban el medio lacustre y eran aprovechadas por la

población,¹¹ sí permiten esbozar una imagen que corrobora la riqueza del entorno. La existencia de cuerpos lacustres estaba acompañada por especies animales y vegetales que mantenían una relación simbiótica. Por ejemplo, Lyon (1984: 198), al hablar de los “alto carrizos que llenan el pantano” de Lerma, apuntaba que “son el recreo de una gran variedad de aves acuáticas”. Su observación se fundamentaba en que pudo “contar en un pequeñísimo espacio treinta y nueve garzas blancas”.

Además del carrizo, en la laguna florecía el tule. Toluca debía su nombre a esta planta, pues, como señaló Bustamante (1969: 58), retomando a fray Bernardino de Sahagún, los habitantes se llamaban tolucas “porque allí beneficiaban mucho el *tulli* para hacer petates y para lo que les ministra abundante materia la laguna de Lerma”. Rivera Cambas (1957: 25) acota que *Tollocan* significaba “lugar de tules”. La estadística de Noriega (1980) y otras fuentes posteriores señalan la presencia de tule en las jurisdicciones de Almoloya del Río¹² y de Ocoyoacac,¹³ es decir, en poblaciones beneficiadas por las lagunas de Almoloya y Atenco, respectivamente. El interrogatorio que en 1865 elaboró el Ministerio de Gobernación del Segundo Imperio indica que Capulhuac obtenía tule de la laguna (Albores, 1995).

La misma fuente refiere otros recursos que proveía la laguna para Almoloya del Río y Capulhuac: pescados, ajolotes, ranas y, en ciertas temporadas del año, patos (Albores, 1995; Camacho Pichardo, 2007). Tule, zacate y pescado blanco son mencionados por Rivera Cambas (1957) para la laguna de Atenco. Asimismo, la estadística de Noriega (1980), cada vez que aludía a las lagunas que beneficiaban a Lerma, San Antonio la Isla, Almoloya del Río y Ocoyoacac, desglosa los recursos que suministraban a estas poblaciones. Se citaban de forma reiterada aves como ánsares, patos, garzas, agachonas, chichicuilotos, gallaretas y apipizcas; pescados como el blanco y los juiles; crustáceos como acociles, y anfibios como las ranas y los ajolotes. Para Capulhuac, Noriega (1980) registraba la laguna de la hacienda de Texcaltenco, la cual contaba con patos, pescado blanco, ranas, juiles, acociles y ajolotes.

¹¹ Compárese la información del cuadro 1 con las pesquisas hechas por Albores (1995) y referidas por otras investigaciones, como la de Béliand (2017).

¹² Para Almoloya del Río el informe remitido en 1865 al Segundo Imperio (Albores, 1995; Camacho Pichardo, 2007).

¹³ En el caso de Ocoyoacac, la información de Noriega es reproducida por Vera (1981) en su *Itinerario*.

Cuadro 1
Recursos disponibles en el Alto Lerma (siglo XIX)

Recursos madereros	Población	Recursos y fauna lacustre	Población
Sauce	Lerma, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac	Ánsar (ave)	Lerma
Ocote	Lerma, Tenango del Valle, Calimaya, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac, Joquicingo	Pato (ave)	Lerma, San Antonio la Isla, Capulhuac, Ocoyoacac, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco
Oyamel	Lerma, Calimaya, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Ocoyoacac, Joquicingo	Garza (ave)	Lerma, San Antonio la Isla, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Almoloya del Río
Madroño	Tenango del Valle, Lerma, Almoloya del Río, Joquicingo	Pescado blanco	Lerma, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac
Capulín	Lerma, Calimaya, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac	Rana (anfibio)	Lerma, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Capulhuac, Ocoyoacac
Tejocote	Lerma, Calimaya, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac	Juil (pescado)	Lerma, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Capulhuac, Ocoyoacac
Tepozán	Lerma, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac	Acocil (crustáceo)	Lerma, Almoloya del Río, Capulhuac, Ocoyoacac
Fresno	Lerma	Ajolote (anfibio)	Lerma, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Capulhuac, Ocoyoacac
Ayacahuite	Tenango del Valle, Joquicingo	Chichicuilote (ave)	Lerma, San Antonio la Isla, Ocoyoacac, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco
Ixtapalocote	Tenango del Valle	Agachona (ave)	Lerma, San Antonio la Isla, Ocoyoacac, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac
Jalocote	Tenango del Valle	Tule (planta)	Toluca (San Pedro de los Petates), Almoloya del Río, Ocoyoacac, Capulhuac
Ocotejolote	Tenango del Valle	Gallareta (ave)	Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco
Mora	Tenango del Valle	Apipizca (ave)	Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac
Haya	Tenango del Valle	Carrizo (planta)	Lerma
Aile	Tenango del Valle, Calimaya, Santiago Tianguistenco, Joquicingo	Gallina de agua (ave)	Lerma, Santiago Tianguistenco, Capulhuac
Encino común	Calimaya, Capulhuac, Ocoyoacac, Joquicingo	Candelerero (ave)	Lerma
Cedro	Calimaya	Cardenal (ave)	Lerma, San Antonio la Isla, Santiago Tianguistenco, Capulhuac
Manzano	Santiago Tianguistenco	Gavilán (ave)	Lerma, Tenango del Valle, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac, Joquicingo
Ahuejote	Joquicingo	Lechuza (ave)	Santiago Tianguistenco
Limoncillo	Joquicingo	Tecolote (ave)	Calimaya, San Antonio la Isla, Almoloya del Río, Santiago Tianguistenco, Capulhuac, Ocoyoacac
Aguacatillo	Joquicingo	Aguillilla (ave)	Lerma

Fuente: elaboración propia con base en información de Noriega (1980), Lyon (1984), Bustamante (1969), Rivera Cambas (1957), Camacho Pichardo (2007) y Albores (1995).

La riqueza de recursos del Alto Lerma obedecía también a la presencia de montañas. Ambos espacios, lacustre y montañoso, eran propicios para los recursos madereros que se integraban a la economía de la población. Árboles como los sauces, ahuejotes, tejocotes y tepozanes, reportados por Noriega para diversas poblaciones del Alto Lerma, crecían a orillas de las lagunas. Menos próximas a esta área, pero aún parte del entorno lacustre, eran especies como oyamel, ocote, madroño, sauz, fresno y cedro. Además, los árboles frutales como el manzano, el tejocote y el capulín formaban parte de este espacio (Noriega, 1980; Albores, 1995).

En las montañas de Almoloya del Río, Ocoyoacac, Capulhuac, Joquicingo y Santiago Tianguistenco existían especies como cedros, oyameles, encinos y sauces (Noriega, 1980; Albores, 1995), así como limoncillos y aguacatillos (Noriega, 1980), los cuales se integraban a los bienes disponibles en dichas poblaciones y al modo de vida lacustre al proveer madera utilizada con distintos propósitos.

El uso de los recursos y las actividades de subsistencia

Referidos los recursos identificados en las fuentes, nos centraremos en los espacios donde se empleaban y que determinaban las actividades de la población.¹⁴ Noriega establece los escenarios que nos interesa recuperar: los medios de subsistencia, la caza, la pesca y la alimentación. Estos rubros demuestran los variados usos que tenían los recursos para las poblaciones del Alto Lerma.

Para la *laguna de Lerma*, Noriega (1980) señala que los pueblos del juzgado de paz de este nombre tenían como principal fuente de sustento la agricultura, aunque había quienes se dedicaban a la herrería, la carpintería, la pesca y la caza. Vera (1981) asentó las mismas industrias en Lerma y Atarasquillo en su *Itinerario* de 1880, sólo que menciona la *arriería* en lugar de la herrería. Esto revela, como ocurre en otros juzgados de paz del Alto Lerma donde las formas de vida eran diversificadas, que, aunque la agricultura era el eje económico de la población, la

¹⁴ Aunque las fuentes no lo revelan, como da cuenta la etnografía, las personas afines a las actividades lacustres eran multifuncionales, es decir, realizaban varias actividades según el gusto y las necesidades. Además, buscaban aprovechar el tiempo, que estaba delimitado por las estaciones del año, las habilidades aprendidas de sus antepasados, así como por la flora y fauna de las ciénegas.

población contaba con otras alternativas para ampliar sus estrategias de subsistencia a partir del espacio donde se situaba. Contar con una laguna ofrecía la posibilidad de dedicarse a otras actividades. La fuente también reporta la cacería de ánsares, patos y garzas, así como la pesca de “pescado blanco, ranas, juiles, acociles y ajolotes” (Noriega, 1980: 179).

En el rubro de “alimentos comunes”, Noriega (1980: 179) señalaba: “La gente acomodada usa de las carnes y del pan, la generalidad, frijoles, habas, alverjones, *animalejos del agua, yerbas, chile y tortillas de maíz*” (cursivas nuestras). El contraste entre la alimentación de “la gente acomodada” y “la generalidad” es evidente al nombrar a la fauna como “animalejos”. Asimismo, el registro de yerbas demuestra el consumo de flora obtenida en la laguna, como algunos quelites, aun cuando el uso de un término general como yerbas remite a una flora diversa.

Al hablar de Lerma, debemos mencionar a Toluca, que indirectamente se beneficiaba de la laguna de Lerma a través de una de sus poblaciones, San Pedro Totoltepec, y el flujo comercial. En 1823, William Bullock (1983: 130-131), cuando escribía sobre el ajolote, afirmaba: “Yo los he visto por miles en los mercados de Toluca”, lo que devela la relación comercial entre Toluca y las poblaciones del Alto Lerma. Noriega (1980: 174) no difiere en este asunto, pues, cuando habla de la alimentación de la municipalidad, aunque no explícitamente, invita a considerar el flujo comercial en el cual estaba inmersa Toluca con las poblaciones lacustres. Así, apunta que “los indígenas y gentes miserables casi nunca comen carne sino tortillas, chile, frijoles, alverjones, habas, gusanos, *acociles, pescaditos y otros animales de esta clase*” (cursivas nuestras). Más allá de asociar estos productos con la dieta de “las gentes miserables”, en contraste con el consumo de carne exclusivo de la población pudiente, esta cita corrobora el flujo comercial expresado en los mercados, ya explicado por Bullock.

Bustamante (1969: 58) expone que, en 1834, la laguna de Lerma ofrecía abundantes recursos (específicamente tule) para hacer petates y complementa: “todavía existe un pueblo inmediato a la ciudad, llamado *San Pedro de los Petates*, único artículo de comercio en que se ejercitan sus vecinos”. El pueblo al que se refiere es San Pedro Totoltepec, cuya población aprovechaba el tule de la laguna para confeccionar las esteras que comercializaban probablemente en Toluca y en poblaciones aledañas. Aunque

los testimonios de la época no lo dicen, debía haber ciertos saberes, transmitidos de generación en generación, detrás de esta actividad, como conocer las temporadas de corte de tule, el tiempo de secado y las técnicas para tejer el tule.

En cuanto a la *laguna de Atenco*, Noriega (1980: 229) apunta que la población de Ocoyoacac se ocupaba en el “jornal, como trabajadores de campo, la manufactura de carbón, brea y petates de tule; y la caza y la pesca en los pueblos de Tultepec y Cholula, que se dedican a ella”. De manera similar lo indica Vera (1981: 124) en 1880, quien evidentemente recuperó estos datos de Noriega. La pesca que se hacía era escasa y “de juiles, ranas, ajolotes y acociles”. Los autores referidos mencionan que había cacería de patos, apipizcas, chichicuilotos y agachonas.

La pesca, cacería y recolección esclarecen la dieta de Ocoyoacac, donde la gente consumía: “*carnes, pececillos de la laguna, frijoles, habas, alverjones, chile, yerbas, pan, pambazo y tortillas*” (cursivas nuestras) (Noriega, 1980: 228-229). La producción agrícola se complementaba con los recursos lacustres, lo que se traducía en una riqueza alimentaria. Si la gente aprovechaba la laguna para pescar y cazar, Tultepec y San Pedro Cholula sumaban a estas actividades la recolección de tule, cuyos petates se empleaban para uso personal y para comerciar.

La caracterización para Capulhuac no difiere de la de Ocoyoacac. Según Noriega (1980) y Vera (1981: 96), la gente se dedicaba, en general, a las labores del campo, “pero algunos vecinos se ocupan en la caza y la pesca”, porque la laguna de Texcaltenco permitía la caza de patos y la pesca de “pescado blanco, de ranas, juiles, acociles y ajolotes”. Como consecuencia de su relación con el medio lacustre, la población basada su alimentación en el consumo de poca carne, “*la pesca que se hace en Tucahtusco (sic), frijol, haba, alverjón, chile, yerbas, poco pan y tortillas*” (cursivas nuestras) (Noriega, 1980: 226). Aunque Noriega no lo dice, Rivera Cambas (1957) sí aludía al hecho de que de la laguna de Atenco se obtenía, además de pescado blanco, tule y zacate, por lo que no debe descartarse que la población igualmente aprovechara estos bienes para confeccionar petates. Sobre todo, porque así lo evidencia la respuesta que el prefecto de Capulhuac mandó al ministerio de Gobernación del Imperio Mexicano, a propósito del interrogatorio que esta dependencia remitió en 1865 a los departamentos y prefecturas para conocer las ocupaciones de la

población mexicana. En dicha fuente, se lee que Capulhuac comerciaba “los productos que sacan del agua, como son pescados, ajolotes, ranas y en ciertas temporadas del año, pato y el tule con que hacen los petates” (Albores, 1995: 176) con Calimaya, las ciudades de Toluca y Cuernavaca, y el pueblo de Tenancingo, además de cubrir sus necesidades con estos productos.

El testimonio revela el valor que adquirirían, en términos comerciales, los productos de la laguna, además del que tenían como alimento. Ampliar el radio espacial más allá de las poblaciones comarcanas y de Toluca, hasta llegar a Cuernavaca, se convirtió en una estrategia implementada por la población para garantizar la venta. Lo más probable es que los habitantes de Capulhuac ya tuvieran vínculos comerciales con la población, lo que la convertía en una ruta segura.

Finalmente, para 1901, Basurto (1977) ofrece información sobre San Mateo Atenco, específicamente el modo de trasladarse a esta población desde la capital del país. Indica que hasta Lerma se utilizaba el Ferrocarril Nacional de México y, desde este punto, existían tres maneras: por agua, en carruaje o a pie. Este testimonio es de los pocos que alude al uso del agua como medio de transporte para llegar a una población lacustre. Cabe añadir que, en su estadística, el mismo Basurto (1977: 48) describe los caminos de San Mateo como “buenos y carreteros”, pero “cuando las lluvias son abundantes, sus calles son intransitables”. Esto evidencia una realidad innegable para las poblaciones lacustres: el riesgo de tener que lidiar con las inundaciones.

Los indicios sobre las poblaciones que compartían la laguna de Almoloyita son más amplios. En el caso del juzgado de paz de Almoloya del Río, Noriega (1980: 221) señala que su población se ocupaba en la “arriería fletando bestias para la conducción de semillas, la fabricación de petates del tule que cortan en la laguna, la caza y la pesca”. La laguna les permitía a los pobladores aprovechar sus recursos al máximo, empezando por el propio abasto de agua que ofrecía. Al respecto, la estadística de 1854 apunta que tanto la cabecera del juzgado como otros de sus pueblos “tienen toda el agua necesaria tomándola de un abundante manantial que nace al pie del cerro donde Almoloya está situado, y sigue la laguna de Atenco comenzando a formar el río de Lerma” (Noriega, 1980: 220).

La laguna de Atenco se encontraba dentro de los límites de la hacienda de Atenco (situada en Santiago Tianguistenco). En relación con esta laguna, la información sobre Almoloya del Río señala que en ella se practicaba la cacería “de patos, gallaretas, chichicuilotos, agachonas y otros pájaros pequeños” y se

obtenían “pescados blancos, juiles, ranas, ajolotes y acociles” (Noriega, 1980: 220). La estadística correspondiente a Tianguistenco registraba que la laguna de la hacienda “produce el pescado blanco de mejor calidad que se vende en las plazas de Toluca y de lugares inmediatos” (Noriega, 1980: 222). Esta situación arroja luces sobre el comercio que los habitantes de este vaso lacustre mantenían con Toluca, además de destacar que se trataba del pescado de mejor calidad entre los que se vendían en las plazas mencionadas.

Volviendo a Almoloya del Río, la cercanía con la laguna del mismo nombre, así como la práctica de la caza y la pesca, se reflejaban en una dieta que incluía, además de frijol, haba, alverjón, chile, pan y tortillas, “yerbas, pescado blanco y otros de la laguna”, así como carnes, entre ellas la de las aves cazadas (Noriega, 1980: 221). Si la fuente menciona el fomento de la arriería, cabe la posibilidad de que el comercio incluyera, aparte de las semillas, los petates que realizaban los pobladores o las aves cazadas. Ya se ha advertido que el pescado se llevaba a vender a Toluca.

Lo descrito se corrobora con noticias de 1855-1860 y con la información enviada al Segundo Imperio para 1865, en términos similares a los referidos para Capulhuac. Entre 1855 y 1860, las autoridades del ayuntamiento de Almoloya ya habían arrendado la laguna a un particular, pero se permitió el acceso a sus aguas, por lo que los vecinos pudieron continuar pescando y cortando tule y zacate, recursos fundamentales para su sustento (Camacho Pichardo, 2007).

La noticia de 1865, recuperada tanto por Albores (1995: 176) como por Camacho Pichardo (2007: 45), apunta que el principal artículo de consumo en Almoloya era el maíz, mientras que el consumo de carne de res era mínimo, “pues por lo regular se hace uso de los animales que se pescan en la laguna propiedad común”. “La subsistencia es barata pues ya se ha dicho que el elemento principal es el maíz, y lo demás queda reducido a los productos que sacan de la laguna como son pescados, ajolotes, ranas y en ciertas temporadas del año, pato y el tule con que hacen los petates”. Almoloya comerciaba su producción agrícola y pescado con Tianguistenco, Toluca y Cuernavaca (Camacho Pichardo, 2007).

A propósito de la similitud entre las descripciones de Capulhuac y Almoloya del Río remitidas al ministerio de Gobernación del Imperio en 1865, es oportuno hacer una aclaración sobre las fuentes que registran un escenario

similar. En este caso, se trata de documentos emitidos en el mismo año y referidos a contextos similares (lacustres), lo que explicaría que se optara por incluir productos idénticos, hasta cierto punto, en ambos escenarios. En este punto, surge la pregunta: ¿cómo debe interpretarse la información del Itinerario de 1880, que, en realidad, retoma datos de la estadística de Noriega de 1854?

Es claro que los apuntes de Vera en cuanto a las industrias o los medios de subsistencia no parten de una observación directa, sino de registros anteriores, pero ¿esto anula el hecho de que correspondan con la realidad de la época de Vera? Consideramos que no, pues aluden a la pervivencia del modo de vida lacustre del Alto Lerma. No podría decirse lo mismo cuando las referencias son del periodo novohispano. Aunque éstas también son hasta cierto punto coincidentes con las actividades de finales del siglo XIX, hay que considerar que, en otros aspectos, son distintas.

Tomemos como ejemplo el caso de San Mateo Atenco, para el cual Vera (1981) retoma datos de la obra *Teatro mexicano*, escrita en el siglo XVII por Agustín de Vetancurt. A partir de ella, es posible recuperar el pasado lacustre de Atenco y constatar su persistencia en el siglo XIX como población de pescadores, donde aún se obtenía ranas, pescados y patos, a pesar de que el autor no reporta nada de estas actividades en el apartado de industrias de San Mateo Atenco en el siglo en que escribe. Afirmar que en el siglo XIX todavía se les llamaba “venecianos” a sus habitantes, como ocurría en el siglo XVII, resultado más difícil de comprobar.

En el caso de Tianguistenco, que para 1853 incluía dentro de su demarcación las montañas de Jalatlaco y Tilapa, Noriega (1980: 223) señala que los vecinos se dedicaban a la producción de tejidos de lana, el corte de madera, la elaboración de carbón y de cedazos con tela de cerda, así como la arriería, “yendo a comparar frutas de la tierra caliente para venderlas en la tierra fría”. Aunque no utilizaban los recursos lacustres, Tianguistenco y otras poblaciones, como Jalatlaco y Texcalyacac, se beneficiaban indirectamente de este entorno a través del comercio.

Al respecto, Camacho Pichardo (2007) documenta la relación que existía entre Jalatlaco, Texcalyacac y otros pueblos con Santa Cruz Atizapán para acceder a recursos de los que disponían y se podían beneficiar mutuamente. En 1871 y 1873, por ejemplo, estos pueblos solicitaron permiso al de Santa Cruz para extraer tule de la laguna. A cambio, los pobladores de Jalatlaco ofrecían

a los de Atizapán la leña de sus montes cuando la necesitaran. Este tipo de intercambio ilustra cómo los pueblos con bosques acudían a los mercados con leña, como hacían los vecinos de Tianguistenco, para cambiarla por pescado u otros productos lacustres. Cabe destacar que el trueque con leña es una práctica que subsiste hasta hoy.

En el caso de Joquicingo, que igualmente tenía acceso al bosque, Noriega (1980: 229-231) dice que sus habitantes se desempeñaban en la labranza “y cuando cesan los trabajos se ocupan los vecinos en el corte de madera que conducen a Santa Fe y a México, en la manufactura del carbón y en la arriería”. No puede descartarse que, además de usar la madera para la producción de carbón, también se empleara para construir canoas, como lo documenta la etnografía sobre San Pedro Techuchulco (Albores, 2016).

En cuanto a San Antonio la Isla, la estadística de 1854 apunta que su población se ocupaba en actividades como la labranza, “la caza y la pesca, el corte de leña y fabricación de carbón, y los tejidos ordinarios de rebozos, ceñidores y semillas que salen a vender por los pueblos inmediatos”. El entorno lacustre de La Isla hacía factible la caza de patos, agachonas y chichicuilotos, practicada por “vecinos de los pueblos de la Asunción y San Lucas”. También la laguna proveía “pescado blanco, ranas, juiles y ajolotes”, que formaban parte de la dieta local, basada en carnes, “algunos pescadillos de la laguna, frijol, haba, alverjón, chile, yerbas, pan y tortillas” (Noriega, 1980: 217-218).

La imagen lacustre de San Antonio la Isla no pasó desapercibida por Basurto (1977: 224), quien señaló que en su jurisdicción había “dos pequeñas lagunas, en una de las cuales abunda el pescado blanco”. Un dato relevante es que el área no contaba con montañas, lo que puede resultar contradictorio si se toma en cuenta que la población se dedicaba al corte de leña y la producción de carbón. La contradicción se resuelve al considerar que el entorno lacustre, aparte de proveer peces, aves y plantas comestibles, también proporcionaba madera utilizada en dichas actividades.

Los topónimos y los padecimientos de un espacio lacustre

Las fuentes que documentan el modo de vida lacustre del Alto Lerma para el siglo XIX abarcan diversos aspectos. Por ejemplo, explican la toponimia de las

poblaciones, como sucedió con Atenco o Almoloya, cuyos nombres, además de referirse a las lagunas, designaban a una población y una hacienda en el caso del primer vocablo, y a una población en lo que respecta al segundo. Atenco es interpretado por Vera (1981: 7) y Basurto (1977: 46) como “al borde del agua” y “en la rivera”, respectivamente; por su parte, Almoloya se traduce “donde mana el agua algunas veces” (Vera, 1981: 5).

Por otro lado, los apelativos de las localidades, como San Pedro de los Petates o Totoltepec, reflejaban las actividades en las cuales se habían especializado y se les reconocía. La toponimia prehispánica advierte el origen de algunas actividades económicas que se prolongaron a lo largo del tiempo, como sucedió con Tianguistenco, vocablo que significa “en la orilla del mercado” (Basurto, 1977: 323), en clara alusión a una actividad vigente en el siglo XIX. En otros casos, el nombre de los lugares se relacionó con los recursos del entorno lacustre. Por ejemplo, Capulhuac se tradujo como “lugar de capulines” (Vera, 1981: 12) o “capulín seco” (Basurto, 1977: 70), interpretaciones que remitían a las maderas características del medio lacustre.

Menos atención han recibido las enfermedades registradas por las estadísticas en los pueblos lacustres y relacionadas con este espacio. Más allá de que las lagunas fueran señaladas por las autoridades como focos infecciosos por ser aguas estancadas y “pútridas”, las fuentes evidencian su papel como agentes nocivos para la salud por otras razones. Por ejemplo, en La Isla, Almoloya del Río y Lerma se reportaron fiebres, toses y pulmonías, malestares asociados con la humedad y el clima frío (Noriega, 1980; Basurto, 1977). Como en otros aspectos, los testimonios mencionaban las enfermedades que afectaban a la población, por lo que es posible inferir su relación con el medio lacustre, aunque los indicios no aportan información sobre la manera en que la población lidiaba con ellas, tal vez, porque no estaba entre sus propósitos hacerlo.

No obstante, actualmente se sabe que la población, al menos de San Mateo Atenco, al momento de construir una casa, acostumbra bendecir la vivienda, colocar ofrendas a los cimientos y rociar con atole las paredes. Este ritual busca lograr un equilibrio entre el clima frío y la necesidad de generar calor dentro del nuevo hogar (Escutia, 2021). Es posible suponer que prácticas similares para lidiar con el clima de la región existieron en el siglo XIX, aunque las fuentes documentales no lo registren.

Reflexiones finales

Estas líneas esperan ser un aporte al conocimiento del modo de vida lacustre registrado en el Alto Lerma durante el siglo XIX, sobre todo si se toma en cuenta que se ha explorado poco su permanencia en esa centuria ni se ha documentado con detalle. Este trabajo reúne un considerable número de testimonios de distinta procedencia, los cuales, aunque originalmente tuvieron otros propósitos, ofrecen indicios sobre el fenómeno en cuestión y permiten constatar el papel que desempeñaron las lagunas del Alto Lerma para las poblaciones que las habitaban o se beneficiaban indirectamente de sus recursos.

Es evidente que existía una percepción ambivalente en torno a las lagunas, las cuales eran relevantes para la población que participaba y se beneficiaba del modo de vida lacustre, pero causaban cierto desdén y eran irrelevantes dentro del discurso modernizador de la época, que apoyaba su desecación, asunto que ha recibido más atención en investigaciones previas. La minimización del valor que representaban estas tres lagunas que configuraron al Alto Lerma fue el común denominador entre las autoridades y los observadores ajenos al modo de vida lacustre.

No obstante, más allá de esta visión discursiva, en estas líneas se han identificado diversos escenarios económicos, sociales y cotidianos, que ilustran los diversos motivos por los cuales las poblaciones vieron en el medio lacustre la posibilidad de subsistir. Es deseable que, en un futuro, las pesquisas en los archivos locales permitan reconstruir una imagen más profunda del asunto enunciado.

Fuentes consultadas

Albores, Beatriz (2016), "La cultura lacustre en el Alto Lerma mexiquense", en Diana Birrichaga y Carmen Salinas Sandoval (Coords.), *Cartografía hidráulica del Estado de México* (pp. 107-119), Fondo Editorial del Estado de México-El Colegio de Michoacán, A.C.-El Colegio Mexiquense, A.C.

Albores, Beatriz (2011), "Pasado lacustre y cambio económico en el Alto Lerma mexiquense. Dos vías de su industrialización", en Paolo Riguzzi y Luis Jaime

- Sobrino (Coords.), *Historia general ilustrada del Estado de México. Vol. 6. El periodo institucional, 1930-2005* (pp. 273-301), Gobierno del Estado de México-El Colegio Mexiquense, A.C.
- Albores, Beatriz (1995), *Tules y sirenas: el impacto ecológico y cultural de la industrialización en el Alto Lerma*, El Colegio Mexiquense, A.C.-Gobierno del Estado de México.
- Barrera Gutiérrez, Claudio (2009), “Las obras del sistema Lerma: la conducción de agua a la ciudad de México (1942-1970)”, en Rosaura Hernández Rodríguez y Raymundo C. Martínez García (Coords.), *Lerma. Cuadernos municipales 22* (pp. 105-123), El Colegio Mexiquense, A.C.
- Basurto, José Trinidad (1977), *El arzobispado de México: jurisdicción relativa al Estado de México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Béligand, Nadine (2017), *Entre lagunas y volcanes. Una historia del Valle de Toluca (finales del siglo XV-siglo XVIII). Tomo I*, El Colegio de Michoacán, A.C.-Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Bullock, William (1983), *Seis meses de residencia y viajes en México: con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España; sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.*, Banco de México.
- Bustamante, Carlos María de (1969), *Viaje a Toluca en 1834*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Calderón de la Barca, Madame (2014), *La vida en México: durante una residencia de dos años en ese país*, Porrúa.
- Camacho Pichardo, Gloria (2016a), “Las lagunas de la cuenca del Alto Lerma y los proyectos de desecación, 1857-1940”, en Yoko Sugiura Yamamoto, José Antonio Álvarez Lobato y Elizabeth Zepeda Valverde (Coords.), *La cuenca del Alto Lerma: ayer y hoy. Su historia y su etnografía* (pp. 135-164), Gobierno del Estado de México-El Colegio Mexiquense, A.C.
- Camacho Pichardo, Gloria (2016b), “Los proyectos hidráulicos liberales y porfirianos de desecación de las lagunas del Alto río Lerma, 1856-1910”, en Diana Birrichaga y Carmen Salinas Sandoval (Coords.), *Cartografía hidráulica del Estado de*

- México (pp. 91-105), Fondo Editorial del Estado de México-El Colegio de Michoacán, A.C.-El Colegio Mexiquense, A.C.
- Camacho Pichardo, Gloria (2007), *Agua y liberalismo: el proyecto estatal de desecación de las lagunas del Alto Lerma, 1850-1875*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Archivo Histórico del Agua.
- Camacho Pichardo, Gloria (2005), “Las lagunas del Alto Lerma y los proyectos fallidos para su desecación 1850-1910”, *Boletín del Archivo Histórico del Agua*, (30), 5-19.
- Cirelli, Claudia (2000), “Agua para la ciudad: tecnología hidráulica y urbanización en el Alto Lerma”, *Frontera Interior. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 2 (3-4), 43-57.
- Escutia Zamora, Guadalupe (2021), “Prácticas rituales en torno a espacios habitacionales, el caso de San Mateo Atenco”, en Gustavo Jaimes Vences, Guadalupe Escutia Zamora y José Luis Escutia Arenas (Coords.), *San Mateo Atenco. Cuadernos municipales 27* (pp. 279-306), El Colegio Mexiquense, A.C.
- ESRI (Environmental Systems Research Institute) (2024), “ArcGis” (version Pro 3.4). <https://acortar.link/oOqfMr>
- García Luna, Margarita e Iturriaga, José N. (1999), *Viajeros extranjeros en el Estado de México*, Instituto Mexiquense de Cultura-Universidad Autónoma del Estado de México.
- García Martínez, Bernardo (2000), “Los nombres del Nevado de Toluca”, *Arqueología Mexicana*, 8 (43), 24-26.
- García Sánchez, Magdalena Amalia (2008), *Petates, peces y patos: pervivencia cultural y comercio entre México y Toluca*, El Colegio de Michoacán, A.C.-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Hernández Fuentes, Yuritzi (2022), “Historia del Alto río Lerma: abastecimiento de agua para la ciudad y decadencia hídrica (1942-1966)”, en Gloria Camacho Pichardo, Fernando Díaz Ortega y María del Carmen Chávez Cruz (Coords.), *Agua y poder en el Estado de México: siglos XIX y XX* (pp. 143-168), Universidad Autónoma del Estado de México.

Hernández, María Isabel (2005), “Las fiestas de San Pedro Cholula: el culto a los santos en la región lacustre del Alto Lerma”, en Efraín Cortés Ruiz, Felipe González Ortiz, Alessandro Questa Rebolledo, María Isabel Hernández González, Marisela Gallegos Devéze, Luciano Alvarez Fabela, Jaime Enrique Carreón Flores (Coords.), *Las fiestas a los santos. El culto familiar y comunal entre los otomianos y nahuas del Estado de México* (pp. 117-155), Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Hernández, María Isabel; Maruri, María Elena y Cortés, Efraín (2017), “Entre cambios y transformaciones. Los pueblos indígenas en la región lacustre del Alto Lerma”, *Rutas de Campo, Segunda Época* (2), 4-19.

Inauguración de los trabajos para la desecación de la laguna de Lerma, verificada el 1 de mayo de 1870 en el puente de San Bartolomé Otzolotepec (1870), Tip. del Instituto Literario.

Jaimes Vences, Gustavo (2021), “Entre la vida y la muerte: la biografía cultural de dos entierros humanos del sitio Espíritu Santo, San Mateo Atenco”, en Gustavo Jaimes Vences, Guadalupe Escutia Zamora y José Luis Escutia Arenas (Coords.), *San Mateo Atenco. Cuadernos municipales 27* (pp. 53-84), El Colegio Mexiquense, A.C.

Jaimes Vences, Gustavo y Pérez Ortiz de Montellano, María del Carmen (2022), “Huellas de nuestro pasado: los asentamientos prehispánicos del municipio de San Antonio la Isla, Estado de México”, en Gustavo Jaimes Vences y Raymundo C. Martínez García (Coords.), *San Antonio la Isla. Cuadernos municipales 29* (pp. 15-42), El Colegio Mexiquense, A.C.

Jarquín Ortega, María Teresa y Enríquez Sánchez, Antonio de Jesús (2020), *La virgen, los santos y el orbe agrícola en el valle de Toluca*, El Colegio Mexiquense, A.C.

Loera Chávez, Margarita (2006), “Historia y cosmovisión india en el culto católico virreinal (un estudio de caso desde la arquitectura en el Valle de Toluca)”, *Dimensión Antropológica*, 38 (13), 151-178.

Lyon, George Francis (1984), *Residencia en México, 1826: diario de una gira con estancia en la República de México*, Fondo de Cultura Económica.

Maruri, María Elena (2001), “Simbolismo acuático y cosmovisión en las prácticas religiosas. Una interpretación del modo de vida lacustre como supervivencia

cultural en San Antonio la Isla, Estado de México”, tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Memoria en que el gobierno del Estado Libre de México da cuenta al Primer Congreso Constitucional, de todos los ramos que han sido a su cargo en el año económico corrido desde el 16 de octubre de 1826, hasta 15 de igual mes en 1827, presentada el día 13 de marzo de 1828 (1828), Tlalpan, Imprenta del Gobierno a cargo de Juan Matute y González.

Noriega, Joaquín (1980), *Estadística del Departamento de México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

Parsons R., Jeffrey (2011), “El nicho pastoral en la Mesoamérica prehispánica: ¿cómo funcionó una civilización sin ganado domesticado?”, en Eduardo Williams, Magdalena García, Phil C. Weigand y Manuel Gándara (Eds.), *Mesoamérica: debates y perspectivas* (pp. 221-244), El Colegio de Michoacán, A.C.

Parsons, Jeffrey R. (2006), *The last Pescadores of Chimalhuacan, Mexico: An archaeological ethnography*, Museum of Anthropology-University of Michigan-Ann Arbor.

Perló Cohen, Manuel y González Reynoso, Arsenio Ernesto (2005), *¿Guerra por el agua en el Valle de México? Estudio sobre las relaciones hidráulicas entre el Distrito Federal y el Estado de México*, Coordinación de Humanidades-PUUC-Universidad Nacional Autónoma de México-Fundación Friedrich Ebert.

Rivera Cambas, Manuel (1957), *México pintoresco, artístico y monumental: visitas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica. Tomo III*, Editora Nacional.

Ruiz Rivera, Naxhelli y Delgado Campos, Javier (2013), “La cultura lacustre del Alto Lerma: los vínculos perdidos entre patrimonio cultural y bienestar”, en Hernán Salas Quintanar, Mari Carmen Serra Puche e Íñigo González de la Fuente (Eds.), *Identidad y patrimonio cultural en América Latina. La diversidad en el mundo globalizado* (pp. 93-115), Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Salinas Sandoval, María del Carmen (2011), "El gobierno municipal en la transición", en *Historia general ilustrada del Estado de México* (pp. 233-259, tomo 4), El Colegio Mexiquense, A.C.-Gobierno del Estado de México.
- Sugiura Yamamoto, Yoko (2022), "Los objetos de barro hablan de la historia de San Antonio la Isla" en Gustavo Jaimes Vences y Raymundo C. Martínez García (Coords.), *San Antonio la Isla. Cuadernos municipales 29* (pp. 43-76), El Colegio Mexiquense, A.C.
- Sugiura Yamamoto, Yoko; Pérez Ortiz de Montellano, María del Carmen; Nieto Hernández, Rubén y Jaimes Vences, Gustavo (2021), "En busca del tiempo perdido: la antigua vida lacustre en el sitio arqueológico Espíritu Santo, San Mateo Atenco", en Gustavo Jaimes Vences, Guadalupe Escutia Zamora y José Luis Escutia Arenas (Coords.), *San Mateo Atenco. Cuadernos municipales 27* (pp. 17-51), El Colegio Mexiquense, A.C.
- Sugiura Yamamoto, Yoko y Nieto Hernández, Rubén (2006), "San Mateo Atenco: una sociedad lacustre prehispánica del Valle de Toluca", en René García Castro y María Teresa Jarquín Ortega (Coords.), *La proeza histórica de un pueblo: San Mateo Atenco en el Valle de Toluca, siglos VIII-XIX* (pp. 21-36), El Colegio Mexiquense, A.C.-Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sugiura Yamamoto, Yoko; Aguirre Anata, José Alberto; García Sánchez, Magdalena Amalia; Carro Albarrán, Édgar y Figueroa Sosa, Sandra (1998), *La caza, la pesca y la recolección: etnoarqueología del modo de subsistencia lacustre en las ciénegas del Alto Lerma*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Talledos Sánchez, Edgar (2016), *La disputa por la laguna Chignahuapan en el Estado de México. Proyectos de desecación, trasvase de agua y defensa de la tierra*, El Colegio de San Luis.
- Vargas, Idaira (1985), "Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultural", *Boletín de Antropología Americana*, 12, 5-16.
- Vera, Fortino Hipólito (1981), *Itinerario parroquial del arzobispado de México y reseña histórica, geográfica y estadística de las parroquias del mismo arzobispado*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

Viesca-González, Felipe Carlos; Flores Somera, José Luis; Romero Contreras, Alejandro Tonatiuh; Garduño Mendoza, Martha y Quintero Salazar, Baciliza (2011), "El impacto de la desecación de la laguna de Lerma en la gastronomía lacustre de San Pedro Tultepec de Quiroga, Estado de México", *El Periplo Sustentable. Revista de Turismo, Desarrollo y Competitividad*, 21, 101-138.

Williams, Eduardo (2022), *Aquatic Adaptations in Mesoamerica: subsistence activities in ethnoarchaeological perspective*, Archaeopress Pre-Columbian Archaeology.

Williams, Eduardo (2015), "El modo de vida lacustre: etnografía de las cuencas lacustres de Michoacán", *Arqueología Iberoamericana*, 28, 29-39.

Williams, Eduardo (2014), *La gente del agua: etnoarqueología del modo de vida lacustre en Michoacán*, El Colegio de Michoacán, A. C.

Reseñas curriculares

Antonio de Jesús Enríquez Sánchez. Maestro en historia por El Colegio de Michoacán, A.C. y por la Universidad Iberoamericana. Doctorando en historia por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, A.C. Sus líneas de investigación son la religiosidad popular en el siglo XIX, las fiestas religiosas y cívicas en la historia mexicana, así como las manifestaciones culturales de la población otomí del Valle de Toluca. Entre sus publicaciones más recientes destacan: como autor, *Fiesta religiosa y devoción popular. El valle de Ixtlahuaca-Atlacomulco durante el siglo XIX*, El Colegio Mexiquense, A.C. (2022); *Cosmovisión agrícola y muerte en el Valle de Toluca*, Gobierno del Estado de México-FOEM-UAEMéx (2022); y como coordinador, *Jiquipilco. Cuadernos municipales 33*, El Colegio Mexiquense, A.C. (2025).

Carlos Estuardo Morocho Sánchez. Licenciado en historia y geografía por la Universidad de Cuenca de Ecuador. Candidato a maestro en arqueología por El Colegio de Michoacán, A.C. Sus líneas de investigación son los rituales funerarios andinos, el patrimonio arqueológico e histórico, y los cambios en sociedades contemporáneas. Entre sus publicaciones más recientes destacan: como autor, "Hauyritu para las almas: una visión antropológica sobre la muerte en Sigsig", *Ark Magazine*, 48-58 (2022); y como coautor, "El juego del Huayru en la ritualidad fúnebre del Azuay (Ecuador): de la muerte a la regeneración de la vida", en Carlos de la Villa y Stela Maris Ferrarese (Eds.), *Juegos antiguos y contemporáneos en América del Sur* (pp. 120-152), Asociación Cultural La Tanguilla-Museo de Juegos Tradicionales (2022).